

ACTIVIDADES DEL MUSEO

Jornada en torno a la exposición *La Vie en Rose*:
Género e identidad a través de la Moda



Ilustración galardonada con el premio del público del #ConcursoExtraModa 2020, de Tannya Guadalupe Villalvazo

Las niñas van de rosa: una breve historia política de los marcadores de género en la infancia

Jaime Cuenca

Instituto de Estudios de Ocio. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Universidad de Deusto
jaime.cuenca@deusto.es

Resumen: En su oposición al azul, el rosa constituye hoy el más claro marcador de género en la vestimenta infantil. Este dimorfismo cromático entre niños y niñas se muestra tan consolidado en nuestros días (especialmente en edades tempranas) que poco parece poder decirse al respecto, más allá de rendirse a la evidencia de su extensión o, si acaso, rastrear los conatos de resistencia. Aquí tratará de trazarse, en primer lugar, la evolución que ha conducido a este estado de cosas. En segundo lugar, se ofrecerá una lectura política de esta oposición del rosa y el azul, que la situará en la historia, más amplia, de los marcadores de género en la niñez y mostrando su eficacia a la hora de visibilizar y distribuir posiciones asimétricas entre los cuerpos infantiles.

Palabras clave: Infancia; marcadores de género; construcción política de la edad.

Abstract: The colour pink, as opposed to blue, is one of the most explicit gender markers in children's fashion. This chromatic dimorphism between boys and girls is so well-established nowadays, especially in the early stages, that it is difficult to resist, or, at least, to trace some signs of resistance. This paper presents in the first place the evolution that has led to this state. Secondly, it offers a political reading of this opposition between pink and blue colours, from a historical perspective of the gender markers in childhood and shows its impact in the visibility and distribution of inequality between children.

Keywords: Childhood; gender markers; political construction of age.



El 2 de enero de 2019, momentos después de su solemne toma de posesión en Brasilia como Ministra de Mujer, Familia y Derechos Humanos, Damara Alves se reunía con sus más cercanos simpatizantes y les dirigía una breve y excitada intervención: «En la nueva era

de Brasil, el niño viste de azul y la niña viste de rosa». Las últimas palabras eran coreadas con entusiasmo por la concurrencia, que prorrumplía en aplausos y gritos de júbilo. Damara Alves, pastora evangélica, es conocida por su militancia antiabortista y sus críticas al

feminismo y al colectivo LGTBI, y ha señalado públicamente a la llamada «ideología de género» como el mayor enemigo de las políticas que promoverá desde su ministerio. No es este el único ejemplo que vincula los colores azul y rosa a posiciones políticas conservadoras o, mejor dicho, literalmente reaccionarias, que hacen su ingreso en la arena pública en oposición explícita a la progresiva expansión del discurso feminista e, incluso con mayor virulencia, a la aceptación de algunas reivindicaciones del colectivo LGTBI. Así, por ejemplo, la regulación del matrimonio de parejas del mismo sexo en Francia, a comienzos de 2013, motivó la masiva protesta en la calle de círculos cercanos a la doctrina católica en torno a la familia. En sus manifestaciones, la tricolor mantenía el azul y el blanco, pero trocaba el tradicional rojo por el rosa; dejaba así atrás la simbología del triple principio republicano y pasaba a significar la convivencia del género masculino y femenino en el seno de la familia heterosexual tradicional. Más recientemente, en verano de 2019, se presentó en Boston una «bandera del orgullo hetero», compuesta por un fondo diagonalmente dividido en azul y rosa, sobre el que destacan, en dorado, los tradicionales signos del género masculino y femenino.

Que las niñas vistan de rosa y los niños de azul constituye hoy un dato tan inexcusable en el paisaje cotidiano de la infancia que no parece merecer comentario alguno, más allá del reconocimiento de una convención obvia y de las posibles resistencias contra ella. Sin embargo, la enfática afirmación de este dato aparentemente inexcusable por parte de Damares Alves y el contexto más general al que señalan las otras dos anécdotas mencionadas hacen imposible no advertir una potente carga política de fondo. Aquí se tratará de desenmarañar el significado de esta carga política. Se abordará resumidamente la historia que ha conducido a este estado de cosas y se pondrá la actual adscripción del rosa a las niñas en el contexto más amplio de los marcadores infantiles de género.

El dimorfismo cromático de género en la infancia

Una primera forma de vencer la parálisis que se cierne sobre quien trate de ocuparse del paisaje cromático de la infancia hoy es comenzar, al menos, trazando su evolución en el tiempo. Al fin y al cabo, pese a su apariencia natural, todo paisaje es histórico. En el tema que nos ocupa, la referencia más reconocida es Jo B. Paoletti, quien ha completado una historia de los códigos de vestimenta infantiles a lo largo del siglo xx, si bien centrada en el caso de los Estados Unidos¹. Presentaremos aquí lo esencial de su argumentación en lo que atañe a la asignación del género a los colores rosa y azul.

De entrada, Paoletti señala que solo muy recientemente han comenzado niños y niñas a llevar marcado su género en la ropa: «Mucho antes de que la vestimenta de los niños más pequeños adquiriera un simbolismo de género, el mensaje más significativo que transmitía era, de lejos, la edad»². De hecho, desde que comienza a tomar cuerpo la idea misma de la niñez como una etapa separada de la vida a mediados del siglo xviii, y a medida que esta se desarrolla a lo largo del siglo xix, una vestimenta «sexuada» se veía como inapropiada para niños pequeños, cuyo inocente desconocimiento de todo lo relativo al sexo se citaba a menudo como una de sus más encantadoras diferencias con los adultos. Así, durante mucho tiempo, los vestidos blancos fueron una opción prácticamente universal y neutra para niñas y niños hasta los 5 años (Paoletti, 2012: 20). La practicidad, según Paoletti, no dejaba de tener su peso, puesto que la ropa blanca puede limpiarse fácilmente con lejía. La vestimenta infantil empezó a evolucionar en el cambio de siglo y tardó unas cuantas décadas en adoptar un aspecto similar al que percibimos hoy en día a nuestro alrededor: «Entre 1890 y el final de la II Guerra mundial, la infancia y la primera

¹ Véase Paoletti, 1987, 1997 y 2012.

² Paoletti, 2012: 20. Salvo que se indique lo contrario, todas las traducciones de originales en inglés son del autor.



Figura 1. Retrato de los niños Graham, 1742. William Horgarth. The National Gallery, Londres.

niñez pasaron de ser una zona libre de género, poblada por querubines vestidos de blanco, a una era de emergentes significantes de género como el rosa y el azul» (Paoletti, 2012: 27).

Los primeros signos de una transición hacia la vestimenta infantil sexuada los encuentra Paoletti entre 1900 y 1930. En estas décadas, la ropa para niños empieza a tomar prestados más elementos de la ropa para varones adultos, mientras que algunos detalles como el uso de estampados florales o el propio color rosa, empiezan a reservarse a las niñas (Paoletti, 2012: 60 y ss). En lo que se refiere específicamente al uso del azul y el rosa, hacia los años 20 co-

mienzan a extenderse los colores pastel en la vestimenta infantil, si bien de una forma aún poco diferenciada. De hecho, no es imposible encontrar en esta época citas en publicaciones periódicas o monografías dedicadas a la moda infantil que recomiendan el rosa para los niños y el azul para las niñas. Paoletti recoge algunas de estas citas en apoyo de su tesis de que solo después de la II Guerra Mundial se produce una verdadera consolidación y extensión en la asignación de género a estos colores. Sin embargo, quizá por lo llamativas que resultan a lectores actuales, estas citas han llevado a varios autores a radicalizar la postura de Pao-

letti y atribuirle la idea de que, de hecho, en los comienzos del siglo xx se prefería el rosa para los niños y el azul para las niñas, y que lo que se produjo posteriormente fue una completa inversión en estas asignaciones³.

Esta «reversión del azul y el rosa» (*pink-blue reversal*, PBR) ha sido severamente criticada por Del Giudice, que la califica de «leyenda urbana científica» (Del Giudice, 2012: 1323). Aun cuando Del Giudice reconoce que esto es una malinterpretación de lo que defiende Paoletti, su versión más matizada tampoco le convence. Sobre las citas aducidas por Paoletti en apoyo de su argumentación, Del Giudice considera que «no hay modo de saber cuán representativas son de las más amplias normas culturales de su tiempo» (Del Giudice, 2012: 1322). Recurrir, en cambio, a la aplicación Google Ngram Viewer, que permite hacer búsquedas en una base de datos de más de cinco millones de libros publicados entre 1800 y 2000 y digitalizados por Google, y busca en ella las expresiones «azul para niños», «rosa para niñas», «azul para niñas» y «rosa para niños» (en inglés, y también en su versión en singular). El resultado obtenido es que «todas las asociaciones entre género y color halladas en la base de datos se ajustan a la familiar convención de rosa para las niñas y azul para los niños» (Del Giudice, 2012: 1322). Según Del Giudice, entonces, no solo no se habría dado ninguna reversión del azul y el rosa, sino que tampoco habría habido esa supuesta inconsistencia en la asignación de género a ambos colores que Paoletti sitúa en las primeras décadas del siglo xx. Eso sí, los resultados de Del Giudice confirman que la asignación aparece mucho más intensamente después de la II Guerra Mundial.

Por lo demás, Paoletti percibe una etapa diferenciada entre 1965 y 1985, cuando se extiende la ropa *unisex* para niños y niñas, en el momento en que la generación del *baby boom* accede a la paternidad y coincidiendo con los movimientos por los derechos civiles en los

Estados Unidos⁴. A lo largo de ese par de décadas, la ropa infantil para ambos géneros se iguala notablemente tanto en lo que hace al color como en lo que se refiere al corte (con la extensión de modelos de peto, por ejemplo). El final, bastante abrupto, de esta etapa queda marcado a mediados de los 80, según Paoletti, con la introducción de los pañales Luv, que comercializaban un modelo rosa para niñas y uno azul para niños. A partir de entonces, y hasta nuestros días, el dimorfismo cromático de género no ha hecho sino afianzarse y extenderse⁵. Ha llegado hasta el momento mismo del parto y hoy es ya la norma que un bebé de la más tierna edad lleve marcado el género en el color de su ropa. En este desarrollo cumple una función importante la extensión de tecnologías médicas que permiten conocer el sexo del feto antes del nacimiento, especialmente la ecografía y, en menor medida, la amniocentesis (o el análisis genético que hoy en día la sustituye a menudo). Saber de antemano el género de la criatura que viene permite a sus progenitores preparar en consecuencia sus pertenencias con la marca cromática adecuada. No se trata ya solo de la ropa, sino de buena parte de los artículos y los juguetes que rodean al niño o a la niña desde su nacimiento. Para explicar este afianzamiento del dimorfismo cromático de género en las últimas décadas, Paoletti señala a la extensión de visiones esencialistas de la femineidad y la masculinidad, pero también a la estrategia comercial de los distribuidores, que, al segmentar por género, empuja a las familias a adquirir de nuevo un buen número de artículos y prendas, si tienen un bebé de un género distinto al anterior. Como dice Paoletti en una entrevista: «Cuanto más individualizas la ropa, más puedes vender» (Maglaty, 2011).

Esta es, a grandes rasgos, la argumentación de Jo B. Paoletti. Su estudio tiene la virtud de ordenar secuencialmente un panorama complejo y ofrecer una visión documentada del proceso histórico por el cual el rosa y el azul han recibido los significados que ahora tienen.

³ Véase, por ejemplo, Frassanito y Pettorini, 2008; Cohen, 2012 o Zucker, 2005

⁴ Véase Paoletti, 2012: 100 y ss..

⁵ Véase Paoletti, 2012: 100 y ss..

No obstante, hay una serie de limitaciones en su aproximación que le conducen a ignorar la naturaleza política de la cuestión, es decir, hasta qué punto el marcado de género en la infancia tiene que ver con la distribución y visibilización de las relaciones de poder.

En primer lugar, hay una limitación temporal clara, dado que el estudio se circunscribe al siglo xx bajo la presunción de que con anterioridad la ropa infantil no estaba marcada según el género. Esta idea no solo se revela falsa tras una consideración más cuidadosa, como veremos, sino que conduce a ignorar cualquier continuidad histórica con anteriores sistemas de marcado de la ropa infantil y presenta los desarrollos del siglo xx bajo la luz de la excepcionalidad. En segundo lugar, cuando Paoletti se ocupa del uso del azul y el rosa lo hace siempre bajo la suposición de su oposición mutua. Los trata como los dos polos de un dimorfismo cromático de género que opera por igual sobre la ropa de niños y niñas, y que varía solo en su intensidad a través de las décadas. De este modo, se oculta la asimetría que este sistema cromático construye y reproduce y, por tanto, la forma exacta en que funciona como un mecanismo que distribuye y visibiliza las relaciones de poder a través del marcado del género. Por último, aunque Paoletti menciona en su argumentación motivos de amplio alcance social para explicar los desarrollos que secuencia (tales como la extensión popular de ciertas comprensiones del género o su crítica), lo cierto es que da preeminencia en sus explicaciones a la industria textil en su conjunto. Así, ilustra la (supuesta) inconsistencia en la asignación del azul y el rosa en los años 20 refiriéndose a los consejos que ofrecían al respecto los grandes almacenes o razona que la extensión del dimorfismo cromático de género hasta la cuna misma permite mayores ventas. Sin que pueda negarse la corrección e importancia de estas aseveraciones, un énfasis excesivo en la industria textil parece transmitir la idea de que el dimorfismo cromático de género se debe en buena medida a una estrategia comercial, y esto resulta en exceso reduccionista. En definitiva, el modo en que Paoletti presenta

la cuestión la priva de su significado político al considerarla, básicamente, como una exótica excepcionalidad de la industria textil a lo largo del siglo xx. En las páginas que siguen trataremos de ofrecer una lectura más política, deteniéndonos con mayor detalle, primero, en la oposición misma del azul y el rosa y ampliando luego la perspectiva histórica para apreciar las continuidades.

Dispositivos de marcado infantil y asimetría de género

Debemos comenzar problematizando la relación misma entre los colores azul y rosa. Estamos tan habituados a concebirlos en una relación de oposición mutua, que resulta extraño señalar una obviedad como el hecho de que el rosa y el azul no son colores opuestos en ningún sentido ajeno al de su función de marcar el género. Podría afirmarse que cualquier oposición cromática –y no solo esta– adolece siempre en el fondo de una condición convencional y discutible; sin embargo, hay diversos tipos de convenciones. Considerados en su relación con el espectro lumínico, por ejemplo, el blanco y el negro quedan opuestos de un modo tajante, en cuanto que el primero resulta de la presencia del conjunto del segmento visible de la luz diurna, y el segundo, de su ausencia. Según una ordenación muy extendida de los colores en primarios y secundarios, el rojo sería uno de los tres colores primarios y el verde se le opondría, en cuanto su complementario, como resultado de la mezcla de los otros dos (amarillo y azul). Pero en la relación entre el rosa y el azul no sucede nada similar. De tanto verla adoptar la forma de una oposición binaria se nos oculta que se trata, en realidad, del efecto logrado por un imperativo cuádruple. Son, en efecto, cuatro mandatos que operan a la vez los que convierten el azul y el rosa en marcadores de género en la infancia. Podríamos formularlos así:

– Las niñas deben vestir de rosa y no de cualquier otro color.

- De entre todos los colores, las niñas no deben vestir de azul.
- Los niños deben vestir de azul y no de cualquier otro color.
- De entre todos los colores, los niños no deben vestir de rosa.

Los cuatro mandatos están presentes y operan a la vez en el vigente sistema de marcado de género en la infancia. Es precisamente esa eficacia simultánea la que conduce a la apariencia de una inmediata y simple oposición entre el azul y el rosa. Ahora bien, esto no significa que los cuatro mandatos posean hoy en día la misma fuerza imperativa. No la tienen, y este hecho me parece altamente significativo. En lo sucesivo trataré de ordenar estos cuatro mandatos, graduándolos de menor a mayor fuerza imperativa. Por supuesto, un ejercicio así puede parecer muy discutible y tiene que apoyarse necesariamente en la propia vivencia de estas cuestiones. En mi caso, mi percepción de este sistema de marcado de género infantil es inseparable de mi propia condición de varón adulto y de mi experiencia como padre de dos niños varones, de uno y tres años. Sin duda, este punto de vista desde el que hablo me ha llevado a detenerme en ciertos aspectos y dejar otros de lado.

El mandato que me parece más débil de los cuatro es el que prohíbe que las niñas vistan de azul. Tiene muy poca eficacia social. De hecho, en las tiendas de ropa de bebé las prendas azules siempre tienden a agotarse antes porque se compran tanto para niños como para niñas. Puede aducirse con cierta facilidad una causa de este fenómeno, ya que a menudo las niñas llevan pendientes desde una edad muy temprana, lo que elimina cualquier posible incertidumbre visual sobre el género y hace aceptable el uso de un color supuestamente masculino en la ropa. En orden de fuerza imperativa creciente, el siguiente mandato sería «Los niños deben vestir de azul, y no de cualquier otro color». Es cierto que el color azul se privilegia en los niños, especialmente en bebés de muy corta edad, pero también resulta muy común el recurso a otros colores: gris, crema o blanco

en bebés, y todo tipo de colores vivos a medida que crecen. Por el contrario, la prescripción del rosa para las niñas tiene una mayor fuerza normativa. Contemplado en su conjunto el paisaje cromático de la infancia, es más frecuente ver a niñas marcadas en rosa que a niños en azul. Por un lado, mientras que la vestimenta uniformemente azul parece quedar restringida a los bebés más pequeños en el caso de los niños, las niñas pueden seguir vistiendo en tonos rosas hasta una edad más avanzada. Por otro lado, si consideramos no ya solo la ropa, sino también los juguetes y demás artículos comerciales destinados a la infancia, el rosa tiene una presencia mucho mayor entre los productos destinados a las niñas de la que tiene el azul entre los niños. Por último, sin duda el mandato que posee una mayor fuerza imperativa de los cuatro es la prohibición de que los niños vistan de rosa. Es extremadamente raro que a un bebé varón se le vista de rosa en los primeros meses de vida, mientras que si un niño algo mayor lleva alguna prenda rosa lo más probable es que escuche algún comentario burlesco.

En definitiva, parece que lo que más importa del rosa, pese a su continua vinculación a las niñas, es su relación –de tabú– con los niños. Es muy sintomático que no exista un tabú de fuerza comparable para el azul y las niñas, y esto debe bastar para abandonar cualquier pretensión de simetría en el dimorfismo cromático de género. No existe una oposición mutua entre el azul y el rosa que actúe de igual modo sobre ambos géneros. Lo que hay es un complejo dispositivo normativo de marcado que se encamina a evitar que un niño pueda ser confundido con una niña. Es aquí, en esta asimetría, donde el dispositivo en su conjunto revela su naturaleza esencialmente política, esto es, comprometida en visibilizar y distribuir diferencias en la arena de las relaciones de poder. Una vez que queda de manifiesto esta asimetría, no se sostiene tampoco la argumentación de Jo B. Paoletti según la cual el dimorfismo cromático de género es un fenómeno reciente en la historia. Puede que, en efecto, la asignación del rosa a las niñas y el azul a los niños sea reciente, pero no es cierto que antes de esta distribu-

ción no existieran marcadores de género en la infancia. Al contrario, puede afirmarse que la infancia no ha sido nunca neutral respecto al género y la vestimenta ha sido justamente el modo más obvio de marcarlo. La asignación de unos u otros colores no hace sino continuar otras formas de marcado más antiguas y muestra una clara continuidad de base, que es la de construir asimetría entre niños y niñas y visibilizarla públicamente.

Tal y como describe Paoletti, en efecto, durante mucho tiempo niños y niñas de corta edad recibían la misma vestimenta, con independencia del género. Hasta los cinco o seis años, un niño apenas era distinguible de una niña por su aspecto exterior: se le dejaba el pelo largo y se le vestía con alguna prenda con falda que podía distinguirse por su mayor sobriedad del vestido femenino o podía no hacerlo. Ahora bien, mientras las niñas seguían vistiendo toda su vida pequeñas variantes de las prendas que recibían al abandonar los pañales, en los niños se daba un cambio significativo alrededor de los cinco años (o más tarde, dependiendo del país y el momento histórico), cuando comenzaban a usar prendas masculinas. En Gran Bretaña se denominaba *breeching* (de *breeches*, ‘calzas’ o ‘calzón’) a este rito de transición que solo experimentaban los varones⁶. Hasta finales del siglo XVIII, un niño empezaba a vestir a partir del *breeching* versiones en miniatura de la ropa de su padre, es decir, en el caso de la burguesía y la aristocracia, calzas cortas, con medias ajustadas hasta la rodilla. Sabemos, por ejemplo, que el delfín de Francia, el futuro Luis XIII, vistió por primera vez el jubón y las calzas de adulto el 6 de junio de 1608, a la edad de 7 años y 8 meses (Aries, 1987: 89). A partir de una edad tan temprana, no se percibía ninguna necesidad de distinguir a los niños de los varones adultos en su apariencia externa, y menos aún cuando el niño era el delfín de Francia. Este cambio de vestimenta implicaba una notable transición en cuanto a visibilidad social,



Figura 2. Retrato de Alberto Eduardo, príncipe de Gales, 1846. Franz Xaver Winterhalter. Royal Collection Trust, castillo de Windsor.

por la cual se sacaba al niño del conjunto indiferenciado de mujeres-niñas-infantes y se le insertaba en la posición que le correspondería ya como adulto en el sistema estamental. La figura 1 muestra a los hijos del boticario real, Daniel Graham, en 1742: mientras el menor de los varones, Thomas, porta una vestimenta (rosa) casi idéntica a la de sus hermanas; el mayor, Richard, viste ya con 7 años como un varón adulto de la época.

Esto comenzó a cambiar a finales del siglo XVIII, cuando aparecieron los primeros trajes para niños que no se limitaban a copiar la vestimenta adulta a pequeña escala, sino que, al contrario, se distinguían explícitamente de ella. El primer modelo fue diseñado en Inglaterra alrededor de 1780 y se conocía como *skeleton suit* (‘traje esqueleto’). Consistía en una chaqueta de manga corta o larga abotonada a un

⁶ Los datos históricos sobre la vestimenta infantil están extraídos en su mayoría del archivo online que pone a disposición el sitio *Historical Boys' Clothing*.

par de pantalones, largos hasta los tobillos. Al ser los primeros en vestir pantalones, los niños británicos se adelantaron unas cinco décadas a sus padres, que por entonces seguían llevando calzones –*culottes*–, hasta las rodillas. Cuando alrededor de 1820 los pantalones se popularizaron también entre los británicos adultos (precedentes de la moda impuesta por la burguesía francesa postrevolucionaria), se había instalado hasta tal punto la conciencia de que los niños debían distinguirse de la vestimenta adulta que se buscó la manera de diferenciarlos de nuevo. Se les vistió con pantalones bombacho o, ya hacia finales del *xix*, con pantalones cortos más ajustados.

En el mismo periodo, las niñas no experimentaban ningún cambio tan radical en su vestimenta, sino que vestían desde muy pequeñas prácticamente igual a como habrían de vestir durante toda su vida. Solo el largo de la falda, mucho menor en las niñas, y el uso del *pinaflore* (una especie de bata sin mangas) sobre el vestido, las distinguía de sus madres. En algunas circunstancias, a finales del *siglo xix* y comienzos del *xx*, los niños mayores podían compartir también prendas con sus padres y vestir corbata, por ejemplo. Pero incluso en ese caso se matizaría el efecto con otro tipo de cuello de camisa (tipo Eton, por ejemplo, más ancho) o con una chaqueta sin solapas que se distinguiera convenientemente de la versión adulta. Por otro lado, las clases bajas no podían permitirse por lo general el gasto extra que suponía vestir a sus hijos con una ropa distintiva y a la última moda, y solían reutilizar la ropa de los adultos.

En definitiva, la niñez se marca en los varones y no en las mujeres, y entre la burguesía pero no en las clases menos pudientes. A comienzos del *siglo xx* la niñez es sobre todo una fase en la vida de los hombres europeos de clase alta; una fase cuyo ingreso y abandono se marcaba con solemnidad, ya que también el momento de vestir pantalones largos por primera vez, alrededor de los 12 o 13 años, era un acontecimiento señalado. Convertirse en un varón adulto, blanco y de clase alta era algo lo suficientemente importante como para exigir una

fase previa de preparación. Esta fase preparatoria de la que habrían de salir quienes rigieran los destinos de las naciones europeas tenía innegables resonancias militares. Uno de los trajes infantiles más populares entre los británicos primero, y en toda Europa después, fue el de marinero, que copiaba el uniforme de la Royal Navy. Su origen no puede estar más ligado a la glorificación militarista de la familia imperial británica. Fue el príncipe Alberto Eduardo, primogénito de la reina Victoria, quien llevó por primera vez una réplica en miniatura del uniforme marinero en un crucero por las Islas del Canal en 1846. El célebre retrato del príncipe de Gales vestido de marinero, pintado por Winterhalter (Fig. 2), fue masivamente reproducido y condujo a que la moda se extendiera como la pólvora.

También los pantalones cortos, que se popularizaron desde finales del *xix*, tienen un origen militar. Formaban parte del uniforme de las tropas coloniales británicas, adaptado al clima tropical de la India o África del Sur. El movimiento paramilitar de los *boy scouts*, fundado en 1907 sobre el modelo de los cuerpos de voluntarios británicos en la Guerra de los Bóer, acabaría de asentar la moda entre los niños europeos y americanos. La extensión de los marcadores visuales propios de la niñez, así, no solo es contemporánea del reparto colonialista de África y buena parte de Asia, sino que adopta también sus formas. La contraposición frente al súbdito colonial no es menos importante para hacer visible la figura política del niño que su oposición a la mujer y al proletario. Desde este punto de vista, poco importa que la asignación de género al rosa y el azul sea relativamente reciente. Es fácil advertir cómo se inserta con naturalidad en una historia a largo plazo de los marcadores de género en la infancia que han contribuido a perpetuar la asimetría entre niños y niñas⁷.

⁷ Para una contextualización más amplia de este análisis de los dispositivos de marcado en la construcción política de la edad a lo largo de los siglos *xix* y *xx*, véase Cuenca, 2013.

Reflexiones finales

Para terminar, volvamos al principio. Tras colocar en perspectiva histórica el dimorfismo cromático de género, se entiende mejor cómo la enfática afirmación de la oposición entre el rosa y el azul puede llegar a enardecer a los simpatizantes de una determinada posición política, como veíamos al comienzo de este texto. La extensión de la preferencia del rosa para las niñas y el azul para los niños no es una mera cuestión de gustos o de mercadotecnia: es la continuidad, por otros medios, de una asentada construcción de asimetría entre los géneros desde la más tierna edad. Pese a toda la retórica de oposición mutua que acompaña al azul y al rosa, debe recordarse que en un sistema heteropatriarcal las oposiciones que estructuran el sexo, el género y la orientación sexual no son nunca simétricas: un polo recibe la marca de la primacía y el otro, la de la subalternidad. En el caso de la infancia, puede decirse que históricamente lo relevante ha sido mostrar que los niños no son niñas. Esto se ha logrado de diversos modos a lo largo de la historia. Así, antes de finales del siglo XVIII, solo a los niños se les imponían enfáticamente, a partir de cierta edad, los signos externos de su género. Las niñas, en cambio, seguían vistiendo toda la vida pequeñas variantes de un mismo tipo de prenda. Desde finales del siglo XVIII y hasta comienzos del XX, solo los niños visten durante una etapa de su vida de un modo explícitamente distinto a su progenitor del mismo sexo. Las niñas, por el contrario, vestían muy parecido a sus madres. Desde los años 20 del siglo XX, y ya más claramente desde después de la II Guerra mundial, solo sobre los niños opera un tabú cromático, el del rosa. Estos dispositivos de marcado, que de un modo u otro se encaminan a hacer visible la figura del niño y distinguirla con claridad de la de la niña, son estratégicos para asegurar una posición de privilegio y mantener unas relaciones de poder desiguales.

Por último, con algo de perspectiva histórica cabe formular también una hipótesis sobre las épocas en que cobran más importancia los

marcadores de género en la infancia. Estos se ven reforzados en su visibilidad social en momentos atravesados por una cierta ansiedad de género. A finales del siglo XIX, la insistencia en el diseño y la extensión de ropa específica para los niños de cierta edad en Gran Bretaña coincide con un miedo muy extendido a que estos se vieran fatalmente feminizados⁸. La influencia de sus madres en el entorno doméstico se comenzó a ver como una amenaza en el desarrollo de los futuros varones británicos. Para conjurar estos riesgos se popularizó una imagen idealizada y romántica de las *public schools* inglesas, los tradicionales colegios destinados a los niños de la clase alta (como Eton o Harrow). En un ambiente liberado de la influencia materna, los jóvenes podrían desarrollar los valores masculinos del *gentleman*, que tanto servían a la causa del Imperio: honor, compañerismo, buenas formas y lealtad a la tradición⁹. El desarrollo de ropa específica para chicos de esta edad va ligado a estas instituciones o a otras de nuevo cuño pero similar vocación, como los *boy scouts*.

Hoy en día, la defensa a ultranza de la oposición entre el rosa y el azul sucede en un momento en que los círculos más conservadores se resienten de las críticas que el feminismo de tercera ola y la teoría *queer* han acumulado contra la supuesta base biológica de las distinciones de sexo, género y orientación sexual en el sistema heteropatriarcal. Cuanto más se cuestiona su naturalidad en el discurso público y más se protesta contra la desigualdad que provocan, con mayor empeño se reacciona desde el conservadurismo defendiendo la oposición del rosa y el azul y presentándola como una espontánea elección de niños y niñas (debida, por ejemplo, a «sesgos perceptivos innatos hacia regiones diferentes del espectro de color», como propone el citado Del Giudice, 2012: 1323). Buena parte de los antagonismos sociales que buscan influir sobre la agenda legislativa en diversos países orbitan hoy en torno a la cuestión de la pretendida naturalidad

⁸ Véase Morse, 2006.

⁹ Véase Tosh, 1999 y 2005.

de sexo, género y orientación sexual, y de su crítica. Esto ha convertido el marcado de los cuerpos infantiles en una cuestión política candente. No es la primera vez que sucede, como ha tratado de mostrarse, y muy probablemente no hará sino intensificarse en los próximos años.

Bibliografía

- ARIÉS, Ph., *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid: Taurus, 1987.
- COHEN, P. N., «Children's gender and parents' color preferences», *Archives of Sexual Behavior*, 2012. doi: 10.1007/s10508-012-9951-5.
- CUENCA, J., *Peter Pan disecado. Mutaciones políticas de la edad*, Bilbao: Consonni, 2013.
- DEL GIUDICE, M., «The twentieth century reversal of pink-blue gender coding: A scientific urban legend?», *Archives of sexual behavior*, 41 (6), 2012, pp. 1321-1323.
- FRASSANITO, P. & PETTORINI, B., «Pink and blue: The color of gender», *Child's Nervous System*, 24, 2008, pp. 881-882.
- Historical Boys' Clothing*, 2011. URL: <http://histclo.com>
- MAGLATY, J., «When Did Girls Start Wearing Pink?» *Smithsonian.com*, April 7, 2011. URL: <https://www.smithsonianmag.com/arts-culture/when-did-girls-start-wearing-pink-1370097/>
- MORSE, M. J., «The Kiss: Female Sexuality and Power». En Donna R. WHITE D.R. and TARR, C.A. (eds.): *JM Barrie's Peter Pan In and Out of Time: A Children's Classic at 100*, Lanham, Toronto & Oxford: Scarecrow Press, 2006, pp. 281-302.
- PAOLETTI, J. B., «Clothing and gender in America: Children's fashions, 1890-1920», *Signs*, 13, 1987, pp. 136-143.
- PAOLETTI, J. B., «The gendering of infants' and toddlers' clothing in America». En MARTINEZ, K.A.; AMES, K.L. (eds.). *The material culture of gender/The gender of material culture*. Hanover, NH: University Press of New England, 1997, pp. 27-35.
- PAOLETTI, J.B., *Pink and blue: Telling the boys from the girls in America*, Bloomington: Indiana University Press, 2012.
- TOSH, J., *A Man's Place: Masculinity in the Middle-Class Home in Victorian England*. New Haven, CT, y Londres: Yale University Press, 1999.
- TOSH, J., *Manliness and masculinities in nineteenth-century Britain: Essays on gender, family and empire*. Harlow: Pearson Longman, 2005.
- ZUCKER, K. J., «Measurement of psychosexual differentiation», *Archives of Sexual Behavior*, 34, 2005, pp. 375-388.